

Observación y pensamiento

por Eileen M. Hutchins

En el artículo anterior sobre los “Sentidos”, destacué el hecho de que tenemos muchos más órganos de percepción que los cinco habitualmente conocidos. Por un lado, somos capaces de percibir de una forma tenue, los procesos de vida en nuestro propio organismo, y por el otro, de conectarnos con el mundo exterior, mientras, más allá de esto, podemos desarrollar interpretaciones que están conectadas con el mundo del pensamiento. Sin embargo, no importa qué tan bien desarrollemos esos sentidos, tarde o temprano nos llevará a un problema fundamental: “¿Nuestros sentidos realmente nos dicen la verdad?” o “¿Somos capaces, por medio de ellos, de captar la realidad?”.

ENCONTRAMOS MUCHOS PUNTOS DE VISTA DIFERENTES. Por un lado, el promedio de los occidentales acepta el

mundo como lo conoce a través de sus sentidos. Basa su vida en asumir que los objetos que lo rodean son reales y que los pensamientos y memorias son reflejos sombríos del mundo real, el cual es ajeno a él. Siente que se aproxima a la verdad cuando amplía su información del mundo de los sentidos. El oriental, por el otro lado, experimenta el mundo a su alrededor como una ilusión y se siente en contacto con la realidad al escapar hacia el reino de la meditación.

¿CÓMO PODEMOS ARMONIZAR ESTOS PUNTOS DE VISTA OPUESTOS? ¿Es uno correcto y el otro no, o ambos tienen algo de verdad? Ahora bien, no tenemos que pensar demasiado para darnos cuenta de que el mundo tangible no es tan fiable como quisiéramos creer. Es sólo porque somos tan poco observadores que llegamos a considerarlo como de una forma permanente. En general, somos muy propensos a dar por sentado lo que nos rodea. Si cada día pasamos por un lugar y vemos la misma escena, tenemos la confianza de que se quedará ahí, sin cambios significativos, de un día a otro;

Un artículo publicado en Waldorf Journal Project #17, *From Images to Thinking*, © 2011 Waldorf Publications.

Publicado originalmente en 1975 en Gran Bretaña como un folleto por Nathan y Yolanda McNiker, quienes dirigían St. George Imprints. La claridad y el valor de los contenidos sugieren que llama la atención de los lectores contemporáneos.

pero, suponiendo eso, llevamos a cabo el siguiente ejercicio de observación.

Supongamos que cada mañana, desde la misma ventana, observamos el paisaje detenidamente, notando los rasgos más significativos, y cada mañana, antes de hacer este estudio, recordamos lo más vívidamente posible la vista del día anterior. Ahora bien, si en la primera ocasión hemos observado con mucho cuidado y concentración, quizás nos sentimos satisfechos de que lo sabemos. No obstante, por mucho que seamos capaces de recordar la imagen del día anterior, la nueva aparecerá sorprendentemente diferente. De hecho, frecuentemente podríamos recibir un cierto asombro.

Debido al cambio de luz y sombra, de niebla o viento, los objetos avanzan o retroceden, se agrupan de manera diferente o se vuelven un personaje totalmente nuevo. Un árbol, el cual una mañana parece la figura central de todo el escenario, la mañana siguiente puede haberse retirado a la oscuridad, mientras un grupo más distante se destaca en un contorno claro. Un día con ligera escarcha y aire puro, la coloración puede variar de azul turquesa a un blanco plateado, pero el siguiente, bajo las nubes, los tonos pasan a un olivo oscuro, índigo y morado. Las colinas lejanas, que ayer se asomaban

con oscuridad sobre el valle, hoy son tan tenues como las nubes.

Mientras que al principio tendemos a poner más atención a los objetos reales, por ejemplo, la forma de los árboles y edificios, pronto nos damos cuenta que esos no son los elementos más importantes. El vuelo de las aves, el galopar de un caballo y el movimiento extraño y caprichoso del viento cambian la naturaleza del paisaje. Aún más, nosotros observamos cómo la apariencia en su totalidad depende de la calidad de la luz y cómo, bajo su hechizo, los objetos aparecen y desaparecen, avanzan o retroceden, agrupándose, por así decirlo, en los movimientos de una danza solemne.

Cada día, el contraste entre la imagen de la memoria y la nueva apariencia puede ser muy inquietante por lo que pronto llegamos a esta experiencia: es imposible captar toda la escena, siempre se nos está escapando, siempre es nueva. Es inquietante ya que no podemos confiar en nada. Por otro lado, da vida, ya que en la mera aceleración de nuestra observación comenzamos a sentirnos vivos dentro del paisaje y recibimos la fuerza y alegría de esta actividad. Empezamos a darnos cuenta con un sentimiento acelerado del poder de la luz, que siempre está en transformación.

A MODO DE ILUSTRACIÓN, he elegido un ejercicio de observación que está conectado con el sentido del oído, pero también es posible realizar ejercicios similares con el resto de los sentidos. Supongamos, por ejemplo, que estamos acostumbrados a escuchar un sonido todas las mañanas, quizás el de una campana. Normalmente damos por hecho que cada mañana suena igual. Sin embargo, supongamos que, en primer lugar, recordamos el día anterior y después escuchamos el sonido. Surgirá como una nueva experiencia y aunque nuestra memoria haya sido muy precisa con respecto al tono y el volumen de la nota, parecerá de cierta forma, algo nuevo. Podemos escuchar esta campana cien veces, pero mientras permanezcamos como meros observadores, estamos obligados a sentir: “Todavía no capto ese sonido, lo oigo una y otra vez y siempre, si presto especial atención, tiene algo nuevo, pero no sé realmente qué es, su realidad se me escapa”. Por lo que llegamos a una doble comprensión de que, cualquier cosa que observemos de forma activa nos llega como una nueva experiencia, pero si seguimos siendo simples observadores, no podemos sentir ninguna certeza con respecto a lo que percibimos.

CUANTO MÁS DESARROLLAMOS NUESTRA OBSERVACIÓN, más nos damos cuenta de esta incertidumbre. Nuestros sentidos

nos traen imágenes bellas, reflejos de actividades que tienen lugar a nuestro alrededor o dentro de nosotros, pero mientras seamos meros observadores, no podemos captar la realidad de estas imágenes. Para poder entender su significado, tenemos que desarrollar la actividad de pensamiento.

No podemos adquirir un conocimiento simplemente a través de nuestros sentidos. Recibimos reflejos o imágenes de las actividades que nos rodean, pero esas imágenes están en constante cambio y mientras sólo seamos observadores, no podemos conocer las realidades que se expresan en estas imágenes cambiantes. Ahora daremos un paso más.

EN CUANTO NUESTRO PENSAMIENTO SE ACTIVA, establecemos conexiones entre nuestras numerosas impresiones sensoriales; descubrimos en ellas ciertos ritmos y secuencias. Por ejemplo, supongamos que miramos una planta. La hemos visto de muchas formas distintas: como semilla seca y dura, en su gradual crecimiento, en la salida de la primera raíz y en el surgimiento y despliegue de las primeras hojas. Hemos marcado su refinamiento en la flor con su aroma y miel, y con sus estambres portadores de polen; y hemos notado la retirada gradual de la vida del pétalo y la hoja y la concentración de la fuerza una vez más en

la semilla. Nuestras muchas observaciones no nos parecen totalmente dispersas y aisladas; sentimos que podemos armonizarlas y obtener una concepción de un ciclo en que la planta se desarrolla y se retira nuevamente.

Con muchas otras de nuestras percepciones sensoriales, somos capaces de formar secuencias. Observamos la lluvia caer de las nubes y así los arroyos crecen y las cascadas se vuelven tumultuosas. Volvemos a ver cómo la niebla y el vapor se elevan desde los mares y lagos y se posan como nubes en las montañas. Las impresiones en nuestros sentidos no son iguales en ninguna ocasión. Su variedad es infinita, sin embargo, nos formamos a partir de ellas la concepción de un ritmo de actividad.

PERO AHORA ES IMPORTANTE HACERNOS LA SIGUIENTE PREGUNTA: “¿A través de que poder juntamos nuestras muchas impresiones para crear una secuencia?”. Debatiendo esta pregunta, se llegó a una respuesta: “Unimos las diferentes piezas de nuestra observación como si fuera un rompecabezas y así, obtenemos una imagen del todo”. Yo creo que cualquiera que tenga el hábito de observar la naturaleza, no estará dispuesto a aceptar esta respuesta. No obstante, no es fácil reconocer al instante cómo es que nuestra forma de pensar es capaz de hacer eso.

Necesitamos darnos cuenta de que todas las formas que vemos en la naturaleza solamente son apariencias externas que han sido creadas por poderes invisibles. La escarcha y el rocío, el relámpago y la voluntad del viento son el resultado de actividades ocultas. Siempre y cuando nos concentremos en observar las formas externas y después en unir las piezas con paciencia, no llegaremos a comprender los poderes que hacen nacer estas apariencias.

APROXIMÉMONOS CON OTRA POSTURA.

Supongamos que observamos una planta con el siguiente estado de ánimo: “Tengo frente a mí una semilla: dura, seca y arrugada. De mis experiencias pasadas soy consciente de que, bajo la influencia del calor, humedad y luz, esta semilla crecerá y echará raíces y saldrán hojas y las flores aparecerán. Aquello que ahora es invisible dentro de la semilla se volverá visible. Sin embargo, también es posible que yo, dentro del mundo de mis pensamientos, pase por estos mismos procesos. Tengo la capacidad de pensar a través de las muchas formas cambiantes, de la semilla a las hojas, a la flor y de nuevo a la semilla. Aquello que es invisible se puede volver visible para mí dentro de la vida de mis pensamientos.

Mientras más sigamos ese proceso en relación a las observaciones que hemos hecho, más valor tendrá para nosotros.

Pero creo que todos los que hayan realizado este ejercicio, se darán cuenta de que pensar no es simplemente juntar muchas imágenes, sino que es una actividad relacionada con el mundo de la percepción sensorial.

Podríamos preguntarnos qué importancia tiene que agreguemos, desde nuestro propio pensamiento, una contraparte a lo que observamos. Podemos ver la planta en una de sus etapas de existencia, pero no podemos decir: “Esta es la planta verdadera”, ya que sabemos bien que mañana será diferente, aun así, en nuestro pensamiento podemos relacionar aquella que vemos hoy con el ciclo que hemos experimentado. Nuestras observaciones sensoriales son imágenes cambiantes, pero con nuestro pensamiento comprendemos la realidad de que, la única impresión es solamente como si fuera un espejismo.

Además, mientras observemos de manera ingenua, muchas de nuestras impresiones sensoriales no parecen tener ninguna conexión especial entre sí, pero, mientras más activo esté ese pensamiento, más nos damos cuenta que las impresiones, aparentemente separadas, nos son más que simples hilos entretejidos multitudinariamente. Si observo la planta en cualquier etapa de su desarrollo, me doy cuenta que, si quiero conocerla en su totalidad, no tengo derecho de separarla

de su entorno. Es arbitrario considerarla aparte de todo el escenario completo, bajo la luz del sol, lunas y estrellas; en el aire, la humedad y la tierra y entre las aves, insectos y animales que la acompañan. Soy consciente de todo esto a través de mi poder de observación, pero sólo con mis pensamientos puedo encontrar las conexiones principales.

Por lo tanto, no podemos decir que la planta que vemos frente a nosotros es real y nuestro pensamiento acerca de ella es sólo un reflejo, ya que, la planta, como yo la veo, es sólo una pequeña parte de la realidad y, en mi pensamiento, soy capaz de conectarla con todo el universo. Mi pensamiento es capaz de agregar a la impresión sensorial eso que de momento se oculta de mi vista. Sin el poder de mi observación, seguramente no podría tener ese conocimiento, pero si me quedo cerrado a mis sentidos y considero el mundo de los objetos como la realidad absoluta, sólo puedo experimentar un cambio perpetuo y confusión.

Una de las mayores dificultades en la forma de experimentar nuestro pensamiento como una actividad y un poder, es que no hacemos una distinción clara entre pensar y tener pensamientos. Esa persona se considera un “ser pensante” que ha acumulado mucho conocimiento, pero los pensamientos son sólo los

productos terminados de nuestro pensar, y nuestro panorama general cambiaría si pudiéramos encontrar el valor de dejar ir muchos de los pensamientos que ahora se han vuelto un lastre y confiar en el poder creativo de nuestra manera de pensar.

EL MUNDO QUE NOS RODEA ESTÁ CAMBIANDO RÁPIDAMENTE, todo lo que hemos valorado está en peligro y es

probable que seamos testigos de la caída de una civilización; sin embargo, aquel que es activo en sus pensamientos no necesita temer lo que la vida le depara. Nuestro juicio tradicional resultará inadecuado, y el mundo de los objetos, si dependemos de él, nos fallará. Nuestro pensamiento siempre tiene el poder de crear una vida nueva, ya que es uno de los poderes creativos del universo.